

# Trolerotutos y Hardy

# TROLARDY

## EQUIPO ESTELAR



m̄r

# 1. ENTREGA ESPECIAL Y ESPACIAL

**S**egún Hardy, una de las principales ventajas de viajar por el espacio era la ausencia de gravedad terrestre.

—Me siento más ligero que una pluma —dijo mientras flotaba por el interior del transbordador espacial *Águila Azul*—. Mi profesor de educación física estaría orgulloso de mí si me viera haciendo estas cabriolas por el aire.

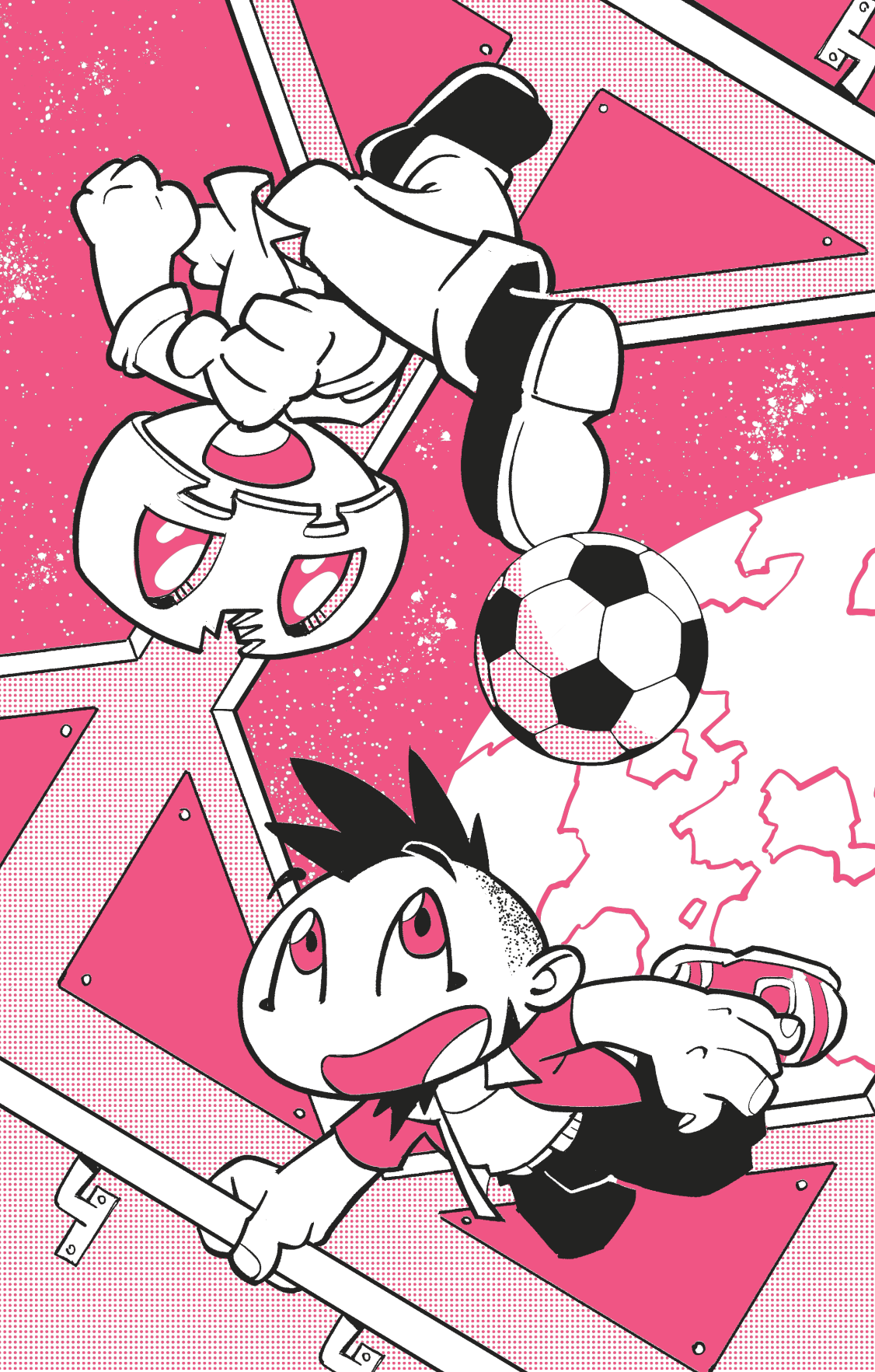
—Así da gusto hacer deporte —admitió Trolero—. No da ninguna pereza entrenar.

—Ni que lo digas. Puedo pasarme horas jugando al fútbol sin cansarme. ¡Soy el mejor futbolista espacial!

—Para recibir ese título hay que cuidar la coreografía —respondió Trolero dándole un puntapié al balón. Se encontraba a dos metros de altura y, mientras rotaba sobre sí mismo, había logrado ejecutar una acrobacia imposible de realizar en la Tierra.

—Una tijera muy espectacular —admitió Hardy agarrándose al saliente de una mampara e impulsándose para interceptar la trayectoria del balón—, pero ¡mira esto!





Después de cruzar toda la nave de punta a punta imitando el vuelo de Supermán, quiso devolver el balón con un cabezazo. Sin embargo, en su trayectoria se cruzó otro objeto que también estaba flotando por allí.

—¡Ay! —exclamó Hardy al notar algo muy duro chocando contra su frente.

Aquel objeto era de un tamaño similar al balón pero no era esférico, sino que tenía forma de cubo. De cubo con patitas. La maleta inteligente que siempre les acompañaba en todas sus aventuras.

—¡Bloquín! —se alarmó Trolero lanzándose hacia él para evitar que chocara contra una mampara tras recibir el cabezazo de Hardy.

Bloquín gorjeó, complacido, cuando fue recogido entre los brazos de Trolero.

—No pasa nada, pequeñín —le dijo rascándole la tapa como si fuera un gato.

—Oye... —protestó Hardy—, que el que se ha hecho daño soy yo. Seguro que me sale un chichón en la frente. Cuando una cabeza choca contra una maleta, la que sale perdiendo siempre es la cabeza.

—Haber calculado mejor —le recriminó Trolero.

—Yo cómo iba a saberlo.

—Si no eres capaz de distinguir un balón de un equipaje con patas entonces no mereces el título al mejor futbolista espacial.

Entonces, una señal intermitente de aviso les reclamó en la cabina de mando.

Trolero y Hardy dieron un respingo.

—¿Ya llegamos? —exclamó uno.

—¡Por fin! —respondió el otro.

Hacía ya nueve horas que *Águila azul* había abandonado la Tierra y se dirigía a velocidad de crucero hacia su próxima parada, una enorme estación experimental en cuyo diseño había participado el profesor Roggen.

Se impulsaron flotando por el pasillo hasta la cabina de mando, se sentaron en sus respectivas butacas y se abrocharon el cinturón de seguridad. Un instante después, les llegó un aviso de comunicación de la estación espacial.

«Transbordador desconocido en rumbo de aproximación a la Estación Espacial Modular Gravitatoria Orbital Especial (EEMGOE). Identifíquese».

Hardy chasqueó la lengua.

—Cómo se nota que Roggen está detrás de la construcción de esa estación... menudo nombre más largo. Parece un trabalenguas. ¿Estación Orbital Modular?

—No —le corrigió Trolero—, creo que ha dicho Estación Modular Orbital.

—Especial —añadió Hardy.

—¿Especial? ¿No será espacial?

—Las dos cosas. Es una estación espacial y especial.

Hardy se rascó la cabeza, pensativo, y resolvió simplificarlo.

—Aquí Trolero y Hardy a bordo del transbordador *Águila Azul* pidiendo permiso para aterrizar en... la estación.

Trolero puso los ojos en blanco.

—Te has pasado a la hora de simplificar el nombre, ¿no? Un poco más y dices «pido permiso para aterrizar... aquí».

—Bueno, a ver, es una estación, y no hay más estaciones por aquí —respondió Hardy.

—Pues menos mal.



La radio crujió y de nuevo recibieron un mensaje bastante parco en palabras:

«¿Motivo del viaje?».

Trolero carraspeó y decidió ponerle más énfasis a sus palabras:

—Misión especial para entregar un pedido de pan espacial.

—¿No es al revés? —le susurró Hardy.

—¿Qué? —le respondió Trolero tapando el micrófono con la mano para que el responsable de comunicaciones de la estación no les oyera.

—Lo de la misión. Creo que es una misión espacial para entregar pan especial.

Trolero sacudió la cabeza, confundido.

—No, el pan es espacial. Punto.

—Y especial, ¿no?

—Vale, sí, también es especial, pero sobre todo es espacial. Porque son varias toneladas de pan de Villa Trigo que han sido elaboradas para adaptarse a las condiciones del espacio. Su levadura permite a la tripulación el poder respirar en el espacio sin necesidad de equipo especial, ¿recuerdas?

Hardy asintió, pero no del todo convencido.

—Me acuerdo, pero eso me suena más a pan especial que a pan espacial. Porque es pan deshidratado para que ocupe poco volumen en el transporte. Basta con echarle agua por encima para que adquiera su volumen normal. Eso me parece muy especial.

Trolero sopesó por unos segundos aquella idea y, finalmente, negó con la cabeza.

—Es especial, claro que es especial, pero lo es porque... es *espacial*.

«Perdone, parece que ha habido interferencias de otra comunicación y no hemos entendido el mensaje».

Trolero y Hardy tragaron saliva. Toda su conversación se había colado por el micrófono.

—Nada, nada —se disculpó atropelladamente Hardy—, no haga ningún caso a esos mensajes tan raros. Venimos de Villa Trigo como embajadores del Pan Dorado. Traemos una entrega especial de pan espacial... especial.

Trolero se encogió de hombros. Mejor que fuera pan espacial y especial que solo una de las cosas.

Desde la Estación Espacial Modular Gravitatoria Orbital Especial también les pareció que el mensaje era lo suficientemente convincente como para otorgarles acceso. O eso o el responsable de comunicaciones había decidido zanjar aquel diálogo de besugos lo antes posible.

«Acceso permitido. Pueden aterrizar en el muelle 2B».

—¿Has visto? —dijo Hardy guiñándole un ojo a Trolero—. Lo que yo te decía. Pan espacial.

—Pero ¿no decías *especial*?

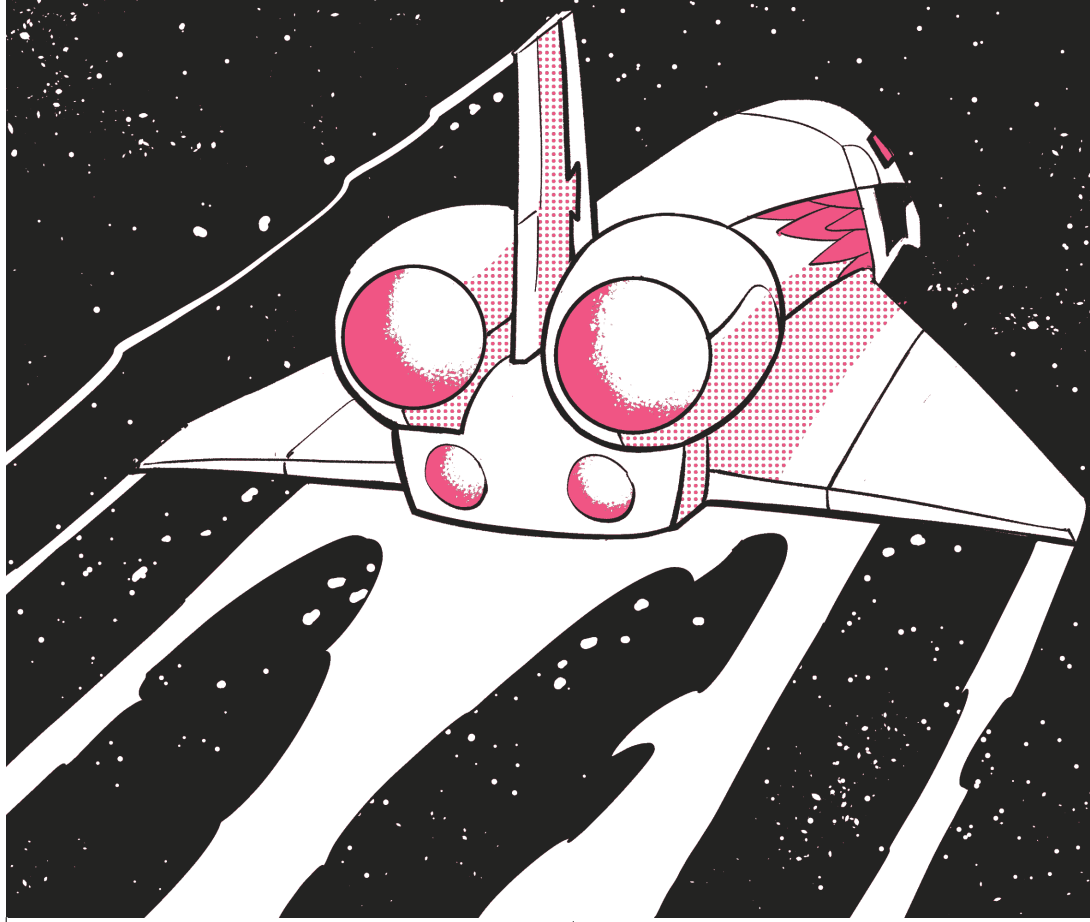
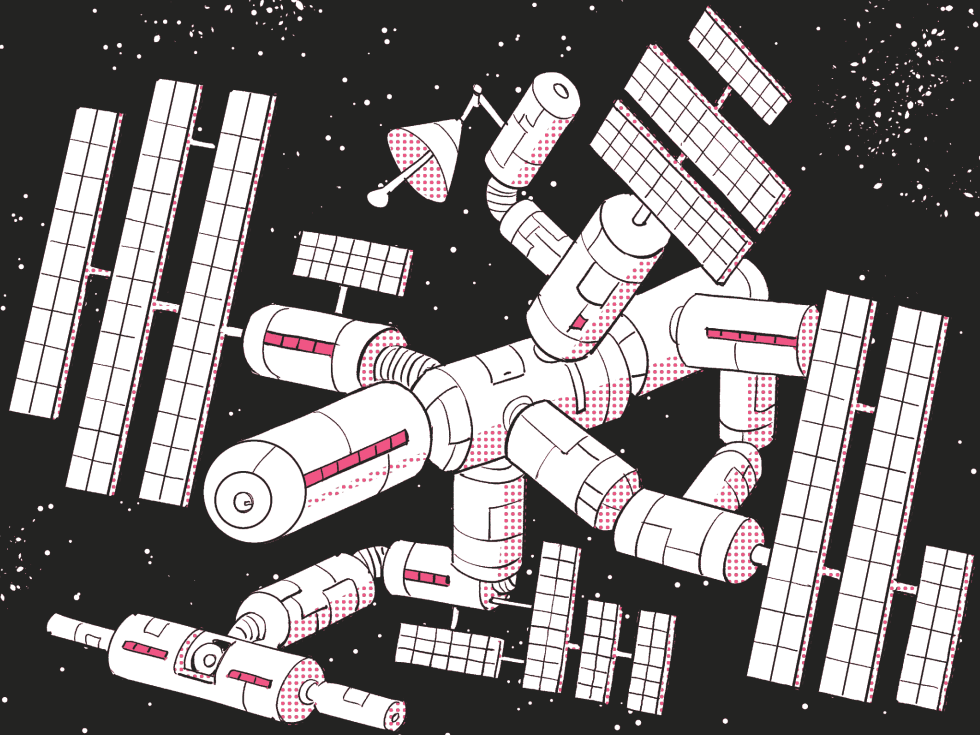
Hardy entrecerró los ojos, pensativo.

—Bueno, da igual. La cuestión es que ha funcionado. ¡Vamos!

Trolero tomó el mando del transbordador, cambió de rumbo para dirigirse al muelle indicado y, poco a poco, fue reduciendo la velocidad para aproximarse lentamente a la entrada rectangular. A medida que se aproximaban, se hacía más evidente el tamaño descomunal de aquella estación. Eran un puñado de módulos con forma de tubos conectados entre sí de forma desordenada, acompañados







de varios paneles solares que eran la fuente de alimentación eléctrica principal.

—Un pequeño paso para el hombre... —empezó Trolero recordando las palabras de Neil Armstrong cuando pisó la Luna por primera vez.

—Pero un gran paso para el pan —completó la frase Hardy—. Pan espacial. Y especial.

Cuando el transbordador *Águila azul* estaba a apenas quinientos metros de la entrada a la estación, una enorme puerta se desplazó lateralmente para permitirles el acceso. El transbordador cruzó la entrada mientras desplegaba su tren de aterrizaje.

—Iniciando maniobra de aterrizaje —anunció Trolero levantando tres clavijas y oprimiendo un botón verde del tablero de mandos, tal y como le habían enseñado en las clases de pilotaje de naves espaciales.

Entonces, de repente, sintieron un tirón de sus asientos y se aplastaron contra el acolchado. Y es que, al entrar en el muelle de carga de la estación, pudieron experimentar la gravedad artificial de la *Estación Espacial Modular Gravitatoria Orbital Especial*. De nuevo, volvían a tener el mismo peso que en la Tierra.

—Qué pena —suspiró Hardy—. Me había acostumbrado a pesar diez veces menos. Ahora me da pereza todo. Me siento como si hubiera comido un montón de Candy Choc. O como si mi propio cuerpo fuera una mochila llena de piedras.

—Lo de flotar como una pluma está muy bien —admitió Trolero—, pero a la hora de dormir es un rollo porque te puedes despertar en el techo.



—Eso es verdad —tuvo que admitir Hardy—. Lo de dormir en el techo no suena muy bien.

El *Águila azul* se posó suavemente sobre el muelle de carga y, tras expulsar un par de chorros de gas del sistema hidráulico, abrió sus compuertas. Trolero y Hardy, con los cascos bajo el brazo, bajaron la escalinata sintiéndose como héroes que acaban de llegar a un mundo remoto.

—¡Hola! —les gritó entonces un robot que les esperaba junto al muelle y les saludaba con la mano.

Trolero y Hardy fruncieron el ceño, extrañados. Aquel robot les resultaba muy familiar.

—¿Es que no me recordáis? —insistió el robot.

—¿Zorkun? —aventuró entonces Hardy.

—Pensaba que ya me habíais olvidado —dijo el robot acogiéndoles entre sus grandes brazos—. No me puedo creer que coincidamos aquí. El mundo es un pañuelo.

—El universo es un pañuelo —matizó Trolero.

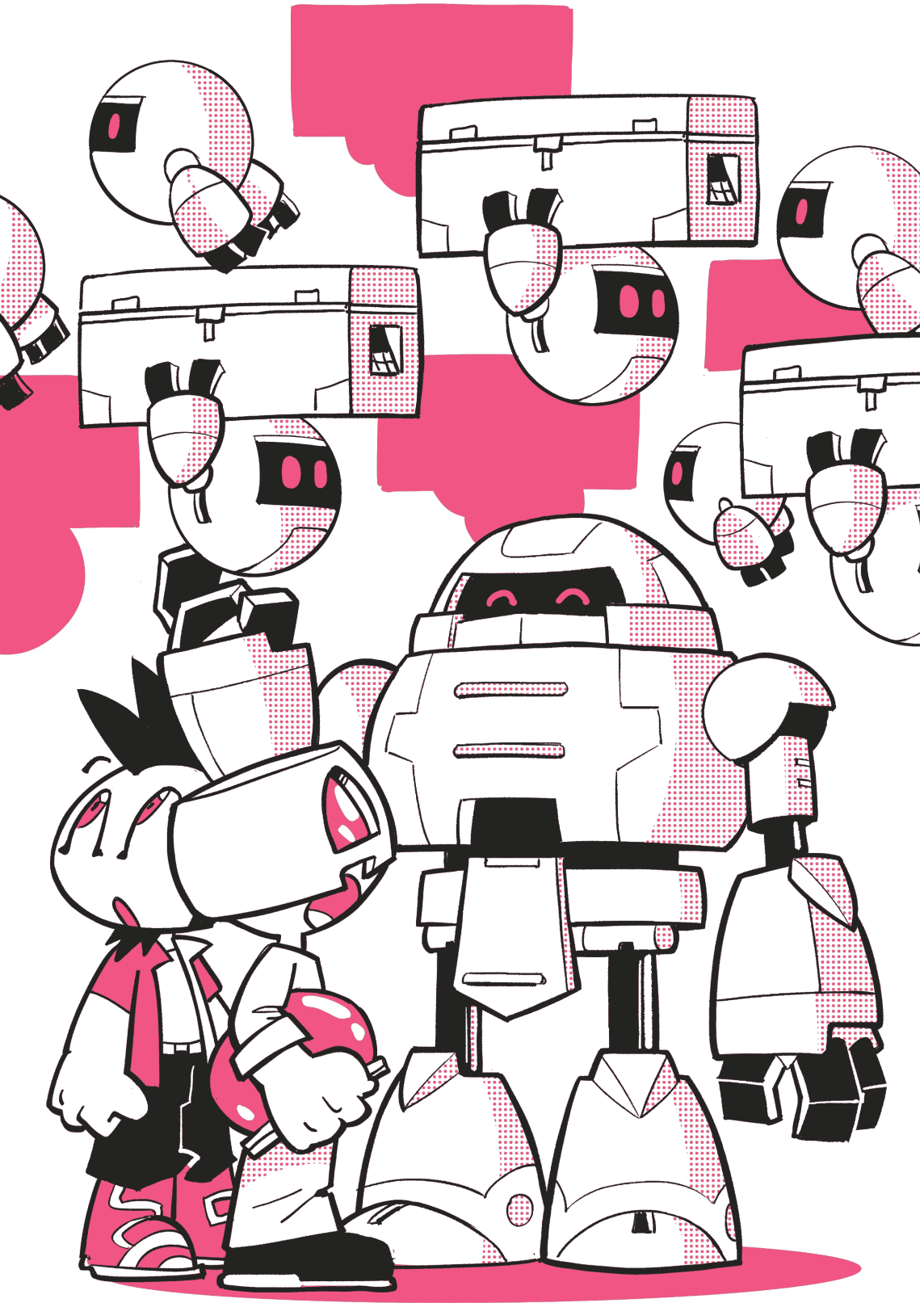
—Pero ¿qué haces aquí? —preguntó Hardy.

Zorkun envió órdenes a un ejército de pequeños robots para que descargaran las cajas presurizadas del *Águila azul*. Toneladas de pan deshidratado y adaptado al espacio. Suficientes suministros para dar de comer a toda la tripulación de la estación durante un año.

—Como veis, dirijo el muelle de carga. Esos robots los he construido yo mismo y me ayudan a cargar y descargar, así que podría decir que tengo un cargo bastante importante aquí. Son las ventajas de trabajar en una estación espacial inventada por tu creador.

Trolero se rascó la cabeza, pensativo.

—¿Tu creador? ¿Te refieres a Teddy Spencer?



—¡Claro! Arrepentido de haber contribuido a elaborar el CandyChoc, decidió invertir su talento en la exploración espacial. Lástima que no esté por aquí ahora, se encuentra viajando por Júpiter en busca de nuevos minerales. El que sí que está por aquí es el profesor Roggen, que es quien bautizó la estación con su espectacular nombre.

Trolero y Hardy intercambiaron una mirada cómplice. Sin duda, un nombre tan rimbombante como aquel solo podía provenir de un profesor chiflado como era Roggen.

—Mirad esa pantalla —continuó Zorkun—, que ahora empieza el publipreportaje de bienvenida que se emite siempre a los recién llegados.

En una enorme pantalla plana suspendida del techo del muelle de carga se anunciaron entonces las características de la estación espacial mientras se mostraban diagramas de cada sector, como si fuera el mapa de un parque temático. Todo amenizado con una música muy épica, como el tráiler de un próximo estreno cinematográfico de Hollywood.

«La Estación Espacial Modular Gravitatoria Orbital Especial (EEMGOE) es el resultado del ingenio extraordinario del emprendedor y filántropo Teddy Spencer», decía una voz femenina en tono entusiasta. «Con espacio habitable similar al de un pueblo pequeño, puede albergar hasta diez mil residentes. Además, su ensamblaje ha corrido a cargo de otro genio inventor, el profesor Roggen, quien también ha diseñado el Super Palantir, el mayor telescopio espacial jamás construido, y que forma parte del área de investigación y desarrollo de la EEMGOE. Con el Super Palantir podemos contemplar las estrellas más lejanas del universo».

Trolero y Hardy no se lo podían creer. Con lo grande que era el universo, daba la casualidad de que no solo habían llegado a una estación espacial inventada por Teddy Spencer, sino ensamblada y mejorada por el profesor Roggen. Con ambos habían corrido ya varias aventuras. Sin duda, el universo era un pañuelo...

—Bienvenidos —les dijo entonces otra voz muy familiar a sus espaldas.

Trolero y Hardy se giraron, sorprendidos. Sí, el universo era un pañuelo. Un pañuelo muy pequeño y doblado sobre sí mismo.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntaron al unísono.